

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen
Volume **48**

Suplemento
Supplement **1**

Septiembre-Octubre
September-October **2005**

Artículo:

Donato Alarcón-Segovia, más que un maestro y un amigo

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Facultad de Medicina, UNAM

Otras secciones de este sitio:

- ☞ Índice de este número
- ☞ Más revistas
- ☞ Búsqueda

Others sections in this web site:

- ☞ *Contents of this number*
- ☞ *More journals*
- ☞ *Search*



edigraphic.com

In memoriam

Donato Alarcón-Segovia, más que un maestro y un amigo*

Alejandro Ruiz-Argüelles

Laboratorios Clínicos de Puebla, Puebla (Méjico)

El Dr. Donato Alarcón-Segovia nació el 6 de mayo de 1935 en la ciudad de México y falleció, en la misma, el 21 de diciembre de 2004. Obtuvo el grado de médico cirujano de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1959 y realizó estudios de posgrado en el Instituto Nacional de la Nutrición (1959-1961) y en la Mayo Clinic en Rochester Minnesota USA (1961-1965), y la Maestría en Ciencias en la Universidad de Minnesota en 1968. Fue Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Instituto Nacional de la Nutrición “Salvador Zubirán” de 1966 a 1992 y Director General del Instituto de 1990 a 2000. Publicó cerca de un millar de artículos en revistas científicas, además de que contribuyó con capítulos en múltiples libros especializados producidos en México y en otros países de América Latina, Norteamérica, Europa y Asia. Su obra ha sido citada en la literatura mundial más de 10,000 veces y seguramente que seguirá siéndolo con la misma tendencia en forma póstuma. Fue miembro activo de las Academias Nacional de Medicina y Mexicana de Ciencias, así como miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Un médico

Donato Alarcón-Segovia fue, ante todo, un médico en el más amplio y completo sentido del término. Quienes tuvimos la oportunidad de atestiguar su interacción con el enfermo, sabemos lo que significaba para él, antes que nada, proporcionar alivio a sus pacientes. Dotado, como resultado de ser un estudiioso infatigable, de los conocimientos más actualizados de su especialidad y de una vastísima experiencia clínica, estudiaba a cada uno de sus pacientes con acucioso rigor y con la más alta tecnología diagnóstica. Pero nunca hacía a un lado, ni por un instante, el aspecto humano de ésta tan especial relación de una confianza frente a una conciencia. Una gran proporción de los pacientes que buscaban la ayuda de Alarcón-Segovia estaban afectados por padecimientos crónicos e invalidantes, para quienes el apoyo psicológico y afectivo pueden ser tanto o más necesarios que los mismos medicamentos o procedimientos terapéuticos. El bienestar de sus pacientes, el quehacer médico

de cada día, le fueron siempre más importantes que las distinciones y los honores. Pude constatar que Alarcón-Segovia declinó invitaciones para ocupar puestos de gran investidura en la administración de la salud pública en México, por el simple hecho de que aceptarlas hubiese interferido con su práctica clínica, con su oportunidad de dar alivio a sus enfermos.

Un científico

Como todos los grandes médicos de la historia moderna, Alarcón-Segovia nunca pudo concebir al profesional de la medicina que sólo usa los conocimientos generados por sus colegas. Ya desde sus días como estudiante, inició una carrera científica que en los años posteriores creció en forma exponencial. Su producción fue amplísima en diversos campos de la inmunología clínica y la reumatología, y fue un líder de opinión ampliamente reconocido y respetado en el mundo entero. El estudio de las enfermedades por autoinmunidad, que ocupó la mayor parte de su interés, fue donde realizó el mayor número de contribuciones científicas. Sus múltiples publicaciones en revistas médicas y capítulos en libros, no sólo incluyeron novedades en los aspectos médicos de estos padecimientos, sino que fueron piedras angulares, aguas en el conocimiento de sus mecanismos fisiopatológicos básicos. Las alteraciones de los circuitos inmunorreguladores, tanto de las poblaciones celulares involucradas, como de su capacidad de producción y respuesta a linfocinas, y el análisis del papel patogénico de los anticuerpos antinucleares y antifosfolípidos, son ejemplos de dos áreas del conocimiento vigente en que Alarcón-Segovia fue un pionero a nivel internacional. El índice de citaciones, por discutible que pueda parecerle a algunos investigadores, es uno de los pocos elementos que permiten medir la trascendencia real de la publicación científica. Así, la obra de Alarcón-Segovia había sido citada, hasta el mes de diciembre del año pasado, más de 10,000 veces, cifra que muy contados investigadores en el mundo igualan o sobrepasan. Es indiscutible que, sólo la obra de los líderes intelectuales de la ciencia contemporánea, puede alcanzar esos niveles de impacto.

Además de su vasta presencia en la literatura científica internacional, la participación personal de Alarcón-Segovia en Congresos Nacionales, Regionales e Internacionales, ya sea a través de la presentación de trabajos libres, experien-

* Publicado en Inmunología (España) 24: 59-61, 2005.

El texto fue leído en la ceremonia por el Dr. Guillermo Ruiz Reyes



cias en simposia o dictando conferencias magistrales, fue extraordinariamente cuantiosa. También de esta forma, puso muy en alto el nombre y prestigio de la capacidad científica y académica de México.

Un maestro

Amén de las múltiples generaciones de médicos especialistas en reumatología y más recientemente de maestros y doctores en inmunología, que hicieron entrenamiento formal en el Departamento de Inmunología y Reumatología del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición “Salvador Zubirán”, Alarcón-Segovia fue mentor de un sinnúmero de profesionales fuera de las aulas, de su departamento y de su misma institución. Eran su ejemplo y su mística sus más poderosas armas para la actividad docente. A quienes tuvimos el privilegio de ser sus alumnos, Donato Alarcón-Segovia nos transmitió la idea de la libertad de pensamiento, la actitud propia de la universalidad del intelecto y la emoción del crecimiento espiritual. Nos enseñó a pensar en grande, que no a estar conformes con hacer lo suficiente, a volver a mirar hacia arriba, una y otra vez, que no a claudicar ante un obstáculo. Que el pensamiento no es monopolio de los países desarrollados, fue una de sus dos más grandes lecciones: la otra, que la idea de que todo trabajo es perfectible no debe ser solamente retórica. Aprender al lado de Alarcón-Segovia era interacción con el conocimiento y con la imaginación, en impaciencia por saber y experimentar, en ejercicio de análisis, juicio y reflexión. Alarcón-Segovia dictó decenas de cursos relacionados con autoinmunidad en otras tantas Universidades en países del Norte, Centro y Sur del Continente Americano, en Israel y en diversos países de la Europa Occidental. Así, también como docente, consiguió proyectar el prestigio de México a nivel internacional.

Maestro de maestros, algunos de sus discípulos también ya han formado notables especialistas e investigadores, que igualmente han sido contagiados por esa mística de búsqueda vehemente y defensa de la verdad. Esa verdad que ha de dar-

nos la independencia intelectual. Esa libertad que hará que México alcance un lugar digno en el mundo del pensamiento, al que se refirió otro notable mexicano: Ignacio Chávez.

Un administrador

En mis años de entrenamiento de posgrado en el entonces Instituto Nacional de la Nutrición, Donato Alarcón-Segovia fungía como el Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología. Éste destacaba de otras Divisiones y Departamentos por el equipamiento y los recursos materiales disponibles para poder realizar investigación de tipo experimental en diversas áreas de la inmunología básica y clínica, así como por la organización de los recursos humanos en diferentes actividades. Cuando para el desarrollo exitoso de un proyecto se requería la adquisición de instrumentos adicionales, la resolución favorable se convertía de inmediato en acción eficiente por parte del Dr. Alarcón-Segovia, quien procuraba los medios económicos necesarios, sin importar lo cuantiosos que pudieran ser. Es indudable que la alta productividad del grupo de investigadores y alumnos de dicho departamento, y por ende la creciente afluencia de estudiantes de posgrado a ese departamento, se apoyaba en gran medida en la disponibilidad de recursos destinados al trabajo experimental. Años después, ya como Director General del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición “Salvador Zubirán”, su capacidad para haberse de los recursos requeridos y además administrarlos, se vio reflejada en cambios notables en la planta física y equipamiento de toda la institución, pero además en la organización funcional más eficiente de todos y cada uno de sus colaboradores. El Instituto no sólo modernizó su aspecto y cambió su nombre, sino que cambió además su espíritu de servicio, enseñanza e investigación. El concepto de calidad en los servicios de atención médica fue prevalente en la reingeniería de su organización, y las actividades culturales, como conciertos y exposiciones dentro de sus propias instalaciones, accesibles para todo el personal y amigos del Instituto, distinguieron aún más el periodo de la Dirección de Donato Alarcón-Segovia.

En el tiempo en que Alarcón-Segovia se responsabilizó de la Dirección del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición, hubieron graves descalabros económicos en México, pero éstos no fueron impedimento para su crecimiento y desarrollo. Al respecto, cabría citar a Goethe:

“El mayor mérito del hombre consiste en determinar, más de lo que le es posible, las circunstancias... y dejar la menor posibilidad para que las circunstancias se le impongan”.

Un amigo

Dentro de esa personalidad inquebrantable y esa imagen de incuestionable autoridad, existía un ser humano de incomparable nobleza y generosidad de corazón. Quienes tuvimos la for-

tuna y el privilegio de conocerlo como amigo, sabemos que como él, pocos amigos se pueden encontrar. Con la misma lealtad que fue médico e investigador, también fue un extraordinario amigo. Un amigo comprensivo, tolerante y permanente. El amigo que escuchaba y orientaba sin pretender imponer, el que entendía y sabía perdonar. El amigo fiel a ultranza, pero nunca más allá de la honestidad, pues como acertadamente apuntaba Balzac: “La amistad perdona el error y el impulso irreflexivo, pero debe ser implacable contra la decisión de traficar con la propia alma y el propio pensamiento”. Esta cabal distinción entre la lealtad y la complicidad le costó críticas entre los desvergonzados, le restó popularidad entre los pusilámines y le creó enemistades entre los inmorales. Ello nunca cambió nada: Alarcón-Segovia fue leal, ante todo, a sus principios.

Los amigos verdaderos no se conocen, como dice equivocadamente un viejo refrán, en la cárcel ni en la cama, sino todo lo contrario. Los verdaderos amigos son los que saben compartir la satisfacción de un logro y la alegría de una celebración, que no sólo estar en los momentos de la derrota, la enfermedad o el duelo. Alarcón-Segovia siempre estuvo, con sus amigos, así en el dolor como en el júbilo.

Sus distinciones

La carrera académica del Dr. Donato Alarcón-Segovia fue merecedora de múltiples distinciones en diversas partes del mundo. Destacan entre éstas los Premios John Edward Noble Foundation y Philip S. Hench que le fueron otorgados, en 1964 y 1966, respectivamente, cuando aún era residente en la Clínica Mayo de Rochester; el premio Nacional de Ciencias “Elías Sourasky” en 1974, el premio Miguel Otero de la Secretaría de Salubridad de México en 1975, el Premio

Nacional de Ciencias y Artes en el Área de Ciencias Físico-Matemáticas y Naturales, otorgado por el Gobierno de la República Mexicana en 1989, el Premio de la Liga Internacional Contra el Reumatismo en 1993 y el Distinguished Mayo Alumn Award en 1999. La comunidad científica e intelectual mexicanas también le distinguieron con la membresía en el Colegio Nacional desde 1994 y el nombramiento de Investigador Nacional Emérito desde 1995. En noviembre de 2003, la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla le otorgó el grado de Doctor Honoris Causa.

En esa ocasión, el discurso de Alarcón-Segovia versó sobre el tiempo de los médicos y en su final se lee: “(el médico) no sólo requerirá del tiempo para atender, estudiar e investigar, requerirá de tiempo para su propia vida afectiva y de un tiempo del cual, a menudo nos olvidamos, del tiempo para pensar. Ese tiempo para pensar, que a veces se confunde con holganza, es el que hizo al hombre, entendido por ello al género humano en su conjunto, diferente. Lo llevó a elevar los ojos al infinito y concebir la divinidad, a rebelarse contra lo inevitable del morir y a buscar el alivio de la enfermedad. Es por ello que aunque nuestra circunstancia parezca haber mermado nuestro tiempo, la subsistencia misma busque arrebatarnoslo, los intereses mezquinos nos lo quieran saturar, debemos luchar por conservar, aunque sea tan sólo un mendrugo de tiempo para poder pensar.

Una enfermedad mortal le robó mucho de este valioso tiempo a Donato Alarcón-Segovia quien, sin duda alguna, fue uno de los mexicanos más universales de su tiempo. Su partida prematura deja un enorme vacío en la comunidad científica del mundo de habla hispana, y un gran dolor en el corazón de sus familiares y amigos.

Que descance en paz tan ilustre ser humano.

